

C



Carta a los profesores de religión

El comienzo de un nuevo curso es buen momento para repensar cómo se enseña la religión en los centros escolares. El Papa Francisco insiste en que los docentes han de enseñar con su vida y sus palabras a amar a Jesús. Hace unos meses recibí una carta encendida de una madre preocupada porque las clases de religión no son siempre un medio eficaz para acercar a los alumnos a Dios. Extracto a continuación algunos párrafos que me conmovieron y que pueden ayudarnos a reflexionar.

—TEXTO *Sara Barrena y Jaime Nubiola*

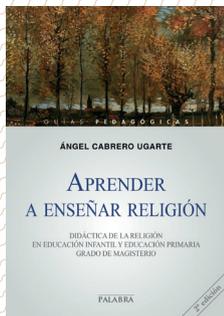
Mi hija de trece años llegó ayer del colegio con el examen de religión correspondiente a la segunda evaluación. Había sacado un 4,8 (sobre 10) y debía repetirlo en casa. “Ayúdame”, me pide. “A ver, trae...”. Leo una pregunta: “¿Qué es la evangelización y por qué se puede decir que tiene una doble vertiente?”. “¿¿¿Cómo???”. “Es una de las preguntas...”. Me quedo desorientada: “Pues no lo sé, habrá que mirar el libro o preguntarle a un teólogo”. Yo sólo sé que amo a Dios, aunque a veces se me olvide. Sólo sé que

me ha salido a buscar muchas veces y que, pálida de cansancio, con el alma aterida tras un largo camino, he vuelto a ser feliz recibiendo su abrazo y comiendo de su mano terneros cebados. Ese Dios es para mí el real. ¿No entraba eso en el examen?

Por favor, señores profesores de religión (y señoras): ¡amen a Dios! Se lo digo gritando (discúlpennme tanta vehemencia, pero la cuestión lo merece). ¡Amen a Dios, y hablen de Dios! Sean alegres, transmitan lo que viven. No aburran ni se aburran. Si a los alumnos, cuando sean adultos, se les olvida una de las bienaventuranzas, siempre podrán buscarla en *internet*, y hoy en día muchas iglesias tienen pantallas para poder seguir el rezo del Credo. No importa tanto si no saben exactamente el orden de los acontecimientos de la Antigua Alianza: ¿era primero David o Sansón? (tema 3 del libro). ¿No es más importante tener claro que Dios te ama? Pues para tenerlo claro, hoy, en este mundo de certezas materiales y de banalidades, hace falta no sólo saberlo sino también sentirlo.

Ustedes, profesores, ¿a qué Dios aman: al Uno y Trino, al Omnipotente, a la Perfección Primera (tema 1)? Yo amo a uno cercano, de andar por casa. Hablen de ese Dios, del suyo y el mío. Hablen de ese Dios, de mi amante. Hagan sentir a los alumnos que saberse la de-

Para seguir leyendo



Ángel Cabrero Ugarte
Aprender a enseñar religión. Didáctica de la religión en educación infantil y educación primaria
Palabra. Madrid, 2011.

Papa Francisco
Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Catequesis
Vaticano, 27 de septiembre de 2013.

Accesible en: https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130927_pellegrinaggio-catechisti.html

José Manuel Fidalgo
Educar a fondo. Una mirada cristiana a la postmodernidad
Eunsa. Pamplona, 2013.

finición de “tradición apostólica” (tema 4) es importante, pero que no saben lo que se pierden si no conocen a Dios. Eso es esencial: los abrazos, los amores, las miradas, las caricias. Sí, sí, las caricias. Si Dios nunca te ha hecho una caricia, ¿qué haces enseñando religión?

Vete primero y encuéntrale a Él, porque no se puede transmitir lo que no se vive, no se puede transmitir a Dios si no te entusiasma. Si al profesor de matemáticas le exigimos que sea un matemático, que entienda el funcionamiento interno de la ciencia que está enseñando y que lo viva, ¿por qué no hemos de pedirselo también al profesor de religión? ¿Queremos una clase de religión, de historia de la religión o de teología? De acuerdo, no se puede evaluar la fe de los alumnos, pero sí se puede y debe trabajar para que los alumnos entiendan y practiquen lo que se les enseña. Hazles sentir que si no tienen a Dios se lo están perdiendo, que hay alguien que les quiere incondicionalmente, por encima de todo. ¿Quién no se apuntaría a ser amado así? Pues ese es en realidad el tema 1. Haz que lo prueben.

Habla con ellos, empieza por lo más básico. Escucha sus argumentos. Dales los tuyos, cuéntales lo que vives. Hazles pensar por qué hacen o no hacen las cosas. Muestra modelos cercanos, no santa Inés o san Lorenzo (era también pregunta del examen, parrilla in-

cluida). Háblales de la sed, del hambre. Son adolescentes, están por definición buscando. Dales agua, como a la samaritana. Dales lo que pueda llenarles. No te quejes de que sólo beben porquerías si no les das algo mejor. Recuérdales que hay alguien bueno que no les juzga, que no les riñe, que les abraza; que les ama, que les sigue con la mirada y les va detrás.

Sigo avanzando con el dichoso examen del 4.8. Siguiendo pregunta: ¿Con qué nombres se nombra a Dios en el Antiguo Testamento, y qué significan? Es un ejercicio precioso, sin duda, el de llamar a Dios, pero, ¿por qué no hacerlo actual? ¿Cómo llaman ellos a Dios? ¿Cómo le denominarían los alumnos en esta era del *whatsapp*, de la imagen, de la rapidez? ¿Sería el Gran Colega, siempre *on line*?, ¿el Administrador de la página del mundo?, ¿el gran Loco? Que busquen palabras. Hermano, Padre, Amigo, Amor, Amante, ¿no es quizá eso más real y cercano que “el ungido”?

Que hagan prácticas, como en cualquier ciencia. Mándales al oratorio con un recado para Dios. Que traigan respuesta. Si no quieren hablar que vayan sólo a mirar. “Yo le miro y Él me mira”. Léales al Papa y que aprendan de su mano a amar. ¿No es más interesante pasar diez minutos con el Papa que una clase sobre la evangelización? ¿Para qué están los medios audiovisuales, para qué tiene el Vaticano ofici-

na de información y correos? Que le lean. Que le escuchen. Que le escriban. ¿Qué le dirían? Que hagan como Francisco enseña, llévalos de viaje (literal o figuradamente) a los suburbios del alma, que salgan, que vean necesitados, que practiquen la ternura, que sean revolucionarios, que cuiden el planeta (también lo dice el Papa), que practiquen la ecología del cuerpo y del alma. Explora con ellos qué es lo que molesta y contamina, por dentro y por fuera.

Enséñales el significado de la palabra “eterno”. Que comprendan que, además de la propia clase de religión (que a veces se hace eterna) hay más cosas que no tienen fin. ¿Qué pasa después de la muerte? ¿Han perdido a alguien cercano? ¿Dónde piensan que está? ¿Hablan con él? ¿Les manda regalos alguna vez? Enséñales palabras importantes. “Te comprendo” y “te quiero” son las cuatro palabras que más me han ayudado en la vida. Pon cariño, sé cercano. Casi todo en la religión es cuestión de respeto y de amor, no de normas. Haz que tengan ganas de cambiar el mundo. Háblales del poder de una sonrisa. Sal a pasear con ellos y busca señales, cosas bonitas. En la belleza está Dios, que nos habla. Quizá así entiendan mejor la dichosa revelación natural (también tema 1).

Ejercicio de redacción. Quién es Dios. Para ti, que te ha llamado por tu nombre, que sabe hasta los pelos que tienes en tu cabeza, ¿quién es? Escribe, excava en tu alma, aprende a contar lo que te pasa, a ponerle nombre. Lee con ellos y que se pongan en los zapatos de otros que han buscado a Dios, de otros que han clamado a Dios. Que lean no sólo la vida de Juan XXIII (ejercicio primera evaluación), también novelas entretenidas y que dan que pensar. Pon películas. Usa todos los medios a tu alcance. Muestra imágenes. Cómo se ha representado a Dios.

Ríe, reza, ama. Brilla. Pon imaginación. No seas aburrido. No salgas nunca de la clase ni de la iglesia con cara larga. ¿Por qué, si estuvo Dios presente? La clase de religión debería ser la más divertida. Si es necesario haz el payaso. Haz lo que sea, pero debería serlo. Si no, ¿qué idea van a tener de Dios? ¿Cómo van a querer acercarse a Él? Señores profesores de religión: cuenten chistes, hagan pensar, muestren amor. Los aburridos y grises no arrastran a nadie. Enseñen a un Dios sonriente y cercano. El Dios que nos Ama así, con mayúscula. A ese, casi todos querrán conocerle.

Me pareció que estas palabras de una madre preocupada podían ayudar a muchos profesores empeñados en presentar la religión de una forma más atractiva. Al menos me han ayudado a mí y por eso las comparto. ■